

EL OPTIMISTA ILUSTRADO: LAS PALABRAS ROTAS DE LUIS GARCÍA MONTERO

MANUEL J. RAMOS ORTEGA
Universidad de Cádiz

Luis García Montero es probablemente el poeta actual con un discurso más sólido y convincente no solo literario sino especialmente cívico y social. Su educación y formación universitaria, su bien ganado prestigio como catedrático de Literatura, crítico literario y poeta le colocan en una posición privilegiada desde la que sobresale, por encima de la media generacional, para organizar con la legitimidad que le concede saber el qué, cómo y a quién dirige un discurso claro, sencillo y coherente. Este libro¹ es una reflexión ético-literaria de 225 páginas que se leen como si fuera una conversación que mantuviéramos con el amigo o el compañero que hemos conocido en las aulas o en las manifestaciones antifranquistas de comienzos de los setenta y al que admiramos y respetamos por su continuado compromiso ciudadano que ha llegado incluso a la militancia política.

Compromiso que comienza con la palabra y este es un libro, desde el título, especialmente dedicado a rescatar, del «cubo de la basura», la palabra por lo que vale como expresión de un sentimiento –concepto machadiano muy del gusto de nuestro autor– que administra su deuda no solo con lo que esa palabra tiene de capacidad de solidaridad con el otro, sino con el valor de manifestar el compromiso con la verdad que debe estar enraizada, como si fueran un racimo de cerezas, con otras palabras como progreso, tiempo, identidad, política, realidad, conciencia, bondad...

Desde esta postura, como digo, claramente ética es difícil no coincidir con el autor en un alegato no solo brillantemente expuesto por un poeta que domina como pocos el arte de la palabra, sino que además se antoja convincente desde la conciencia y el compromiso social.

El libro aparece dividido en cuatro partes y un epílogo. En la primera, «Cómo retrasar el estallido de la bomba», el autor, valiéndose de un hecho terrible acaecido en la mitad del siglo XX y de la conciencia colectiva de distintos autores y libros que han formado parte desde siempre de su bagaje literario, denuncia los peligros que acechan a diario y delimita el territorio o el espacio por donde discurrirá su reflexión

¹ Luis García Montero, *Las palabras rotas. El desconsuelo de la democracia*, Madrid, Alfaguara, 2019.

cívico social. Ese espacio construido en la memoria devuelve al autor al tiempo de los libros, un espacio de conciencia, un deseo de conocimiento de «lo otro», porque la medida del hombre es la bondad y su deseo de compartir un diálogo que rescate palabras que han perdido su significado por mor del empacho de medios audiovisuales, de una tecnología mal dirigida y por el neocapitalismo agresivo que margina y arroja a la soledad y al desamparo social a millones de seres humanos.

En la segunda parte, «Palabras en el cubo de la basura», con una metáfora doméstica, el autor confecciona su «lista de la compra» pensando en llenar el frigorífico y la despensa con las once palabras que van a ser objeto del rescate y, por consiguiente, de su reflexión. A esas once palabras las acompañan sendos poemas que han formado parte de la educación literaria y el compromiso social con las que nuestro autor ha construido un espacio ético donde vivir su experiencia. Es una biografía ética y, a la vez, estética, un deseo de escarbar en el cubo de la basura para reivindicar los valores que sin duda merecen la pena, ahora más que nunca, rescatar en este mundo de deshechos y de cultura del usar y tirar.

A partir de esta idea, el autor hace un despliegue de los valores personales que ha compartido conjuntamente con poemas de la historia de la literatura que adquieren su singularidad en las aristas y pliegues que estos textos ofrecen: miradas, actitudes y sentimientos que han formado parte indisoluble de su personalidad como persona y poeta comprometida con su tiempo. Pues no se entendería su vocación poética escindida de su compromiso ético ni de su educación sentimental.

Habida cuenta de que resultaría imposible detenernos premiosamente en cada uno de estos valores en correspondencia con las palabras que el autor ha seleccionado dentro de un mosaico semántico que ofrecer al lector, resumiré sinópticamente alguna de las ideas más destacadas que acompañan a la reflexión ético-semántica de cada uno de las entradas.

Verdad. Esta palabra esconde entre sus pliegues y adherencias falaces, valga la contradicción, mentiras que debemos evitar y eludir sin caer en dogmas y consignas: «La verdad poética no es un dogma sino una experiencia pensada de vida».

Soledad. Aquí el autor aboga por una soledad solidaria. La soledad de Fray Luis supone una vida retirada sin la compañía del semejante. En cambio, el poeta –según García Montero– nace en una sociedad que no puede «vivirse» como si fuese una propiedad privada. El autor prefiere la «Soledad del farero» (*La realidad y el deseo*), de Luis Cernuda. Así, «el ejercicio de conciencia y de memoria de un farero que asume vivir en soledad para ser leal a sí mismo pero que ejerce esa soledad para evitar que naufrague la navegación colectiva».

Identidad. La obra madura de un escritor comienza por la constatación de una identidad propia: La personalidad escindida entre el autor y su personaje.

Realidad. El autor advierte del riesgo de convertir la cultura, como espacio abierto y creativo entre lo público y lo privado, en mero entretenimiento.

Bondad. Nos encontramos ante la clave central del discurso ético de Luis García Montero. Peligro: el relativismo, «nada importa y todo es un engaño». Valores anejos a la bondad: el respeto al ser humano, la libertad, la igualdad, la educación, los cuidados, la dignidad laboral. Para el autor, en este punto, no valen las coartadas, como quería el estudiante de Argel que luchaba contra la injusticia, colocando bombas en los tranvías. Pues, como argumentaba Albert Camus, ante la posibilidad de que en alguno de esos transportes públicos viajara su madre, si la justicia era eso, prefería a su madre.

Progreso. El autor nos traslada con una anécdota autobiográfica al México de 2005. Allí, en el cementerio de Morelia, las tumbas de los refugiados españoles recuerdan y mantienen la memoria de alguno de los hijos de exiliados muertos en accidentes o por enfermedad. «Sus tumbas repiten una misma historia». Como en el poema de Jovellanos, incluido en este capítulo, los sueños se corrompen (un «pasado sin futuro»). Como Jovellanos, aquellos niños y exiliados españoles, lloran la ausencia de su patria. Un mal se opone siempre a un bien frustrado por culpa de la guerra y el genocidio. Hace falta una política ilustrada para no separar la justicia de la bondad, la razón del corazón.

Tiempo. Los seres humanos formamos parte de una cadena, de una memoria y de un saber de siglos. Solo en la medida de que seamos conscientes de esta herencia recibida de las anteriores generaciones, seremos capaces de comprometernos con el futuro de nuestros hijos y las generaciones posteriores. García Montero aporta esta sugerente idea personal: «Al hacerme lector, me hice heredero del tiempo de mis mayores». Como en su poema «Huerta de San Vicente»: «Se busca una ciudad / igual que una palabra».

Política. García Montero abandera un alegato a favor de la política, desprestigiada precisamente por aquellos que aducen el peligro de dedicarse a un servicio público desinteresado, precisamente para que dejen la política en manos de los que la utilizan en beneficio propio: «El desprestigio de la política supone nada más y nada menos que el desprestigio público de la única vía que la democracia tiene para regular lo público».

Conciencia. La conciencia es, como en el *Fedro* de Platón, un auriga capacitado para gobernar dos caballos: el de las pasiones irracionales y el de la conciencia ética.

Lectura. El autor ejemplifica, con la lectura de *Las mil y una noches*, cómo el deseo de contar historias, en definitiva de la literatura y la lectura, es un acto de rebeldía contra la muerte y el olvido.

Amor. El «sin techo» entrevisto al paso hacia la estación de Sants barcelonesa, suscita en Luis García Montero, el impulso amoroso que lo atrae hacia el semejante. Escribe de amor porque ha visto «el cuerpo de un mendigo olvidado...»

La parte tercera, «Explico alguna de mis cosas», comprende tres capítulos, el primero, «Autobiografía ética y estética», comienza con una declaración de principios que pone el listón muy alto: «Me gusta pensar en la poesía como una vocación que no rompe su compromiso con la verdad». Como reza el título se trata de un apunte autobiográfico. Cualquiera que haya seguido de cerca los pasos en la poesía de Luis García Montero, sabe que desde su primer libro, *Y ahora ya eres dueño del Puente de Brooklyn*, de 1982, Premio Federico García Lorca, sabe que su literatura, tanto de creación como ensayística, ha sido un intento por aunar la historia con la escritura. Con otros poetas granadinos, Álvaro Salvador y Javier Egea, fundó en Granada el movimiento «La otra sentimentalidad». Discípulo del profesor Juan Carlos Rodríguez, comprendió desde muy pronto la importancia de las reflexiones del poeta Antonio Machado sobre el carácter histórico de los sentimientos. El autor define su mundo poético «como una lealtad de conciencia a la melancolía optimista». Y en su trayectoria política, describe dos escenarios que de alguna manera fueron decisivos para encauzar su vida en este sentido. El primero, con ocasión de un Congreso celebrado en Praga, su constatación de la política real del régimen comunista checo. El segundo, el desencanto por la política de Felipe González en España y su campaña a favor de la entrada en la OTAN. Como él mismo confiesa: «La democracia y el socialismo [real] me condenaban a sentirme huérfano y a vivir una relación melancólica con mi conciencia y con la realidad». Había que *sobrevivir* y coexistir por un lado con los sueños y, por otro, resistir al cinismo del todo da igual. La literatura se convierte así como una «forma de resistencia». En el segundo capítulo de esta parte, «La literatura como forma de resistencia», el autor cree que mientras haya lectores «convencidos por la emoción de un poema, habrá poesía». En el tercer capítulo de esta parte, «Las luciérnagas: un orden disidente», a propósito del artículo de Pasolini sobre la desaparición de las luciérnagas en Italia, el autor describe la Transición española como una suerte de analogía entre lo que había ocurrido en España y lo que le había ocurrido a él. Así su *Jardín extranjero* (1983) representó una identificación con el contradecirse pasoliniano de *Las cenizas de Gramsci* (1957). García Montero reproducía en aquel libro la tensión entre los ideales más queridos y «el nuevo rumor de la vida». Porque la historia de la denominada Transición española, según el autor, no la representa solo el período comprendido entre los años 1975-1985, sino que viene de antes. El autor da nombre y títulos de la historia de la literatura que señalan el recorrido de esta historia: Rafael Sánchez Ferlosio y *El Jarama*; Maux Aub y *Las vueltas*; Francisco Ayala, con *El pacto*; Buero Vallejo, con *El tragaluz*; y finalmente,

para no hacer esta lista interminable, Jaime Gil de Biedma, con su artículo, «Carta de España (o todo era Nochevieja en nuestra literatura al comenzar 1965)».

Finalmente, la parte IV, «Diálogos con Juan de *Mairena*» y el «Epílogo. Unas pocas palabras verdaderas», se leen ambos como una lectura ininterrumpida de Antonio Machado y su heterónimo, una reflexión dialogada con el maestro y una confesión de su fe ciudadana. En definitiva, este libro es un ejercicio de honestidad y ética que rescata el valor de las palabras y el diálogo del «cubo de la basura» en el que algunos pretenden marginarlas. Más que un «melancólico optimista», como define el autor su mundo poético, este libro me gustaría leerlo como el de un optimista ilustrado.